

retirarse mas que de prisa con la cabeza llena de tolondrones y un araño en el rostro que le hacia derramar no poca sangre; y el mismo Mendoza aunque peleaba valerosamente, no dejaba de resentirse de un latigazo que le habia sacudido en la pierna izquierda un poetilla ridiculo, autor de siete Comedias góticas, todas aplaudidas en el teatro, todas detestables á no poder mas, y todas impresas por suscripcion, con dedicatoria y prólogo.

Pero á pesar de estos accidentes inevitables, vió Mercurio la ventaja que llevaban los suyos; y pareciéndole ocasion, hizo una señal, que al observarla D. Alonso de Ercilla gritó en alta voz: *Hijos, ya es tiempo; descarga, y al patio.*

Corrió la orden, y al repetir la línea *descarga, y al patio*, comenzó á caer tal granizo de libros sobre los pedantes, que desde luego los menos locos reconocieron ser inevitable su ruina.

¿Y cómo la podrian evitar, si al rumor confuso de los alaridos, al estremecimiento horrible que causaba en los postes del portalon la batería incesante de libros, parecia que el palacio y el cielo mismo se desplomaban sobre aquella gente? Allí volaban á docenas, á cientos, enormes cuerpos de Medicina bañados en sangre: allí las His-

torias sacro-profanas de imágenes aparecidas: allí tomos gigantes de filosofía, esparciendo el hedor del ya vacilante peripato, se rompian en el aire contra otros no menos disformes de sermonarios, crónicas de religiones, y disputas ridiculas en las que se veia embrollada hasta el último punto la mas breve, la mas clara, la mas santa de todas las doctrinas, y unos y otros caian despues con espantoso estruendo, aplastando cuanto debajo de sí encontraban: allí entre los pesados é indigestos genealogistas cruzaban los comentaristas, glosadores é intérpretes del Derecho, con sus tratados, autoridades y escolios llenos de obscuridad y confusion babilónica; y allí por último, salieron á volar las producciones del ingenio, las fatigas deliciosas de los humanistas y poetas. Las coplas del célebre *Leon Marchante*, dulce estudio de los barberos: las del *Cura de Frumme*, *Gerardo Lobo*, la *Madre Ceo*, *Boscan* y *Garcilaso á lo divino*, *Jacinto Polo*, *Cancer*, *Benegasi*, *Villamediana*, *Bocangel*, *Tafalla*, *Zabaleta*, *Montoro*, y *Salas Barbadillo*, con el *Arte de Gracian*, y las comedias, silvas y romances de *Henriquez Gomez*: allí el *D. Quijote de Avellaneda* hizo oficio de bala, habiendo antes servido de pelota en los infiernos; y las *Comedias de Cervantes* revo-

loteaban tambien con risa de su autor inmortal, y á pesar del erudito y agrio Nasarre. Siguieron á éstas las de *D. Tomas de Añorbe y Corregel*, con su miserable *Paulino* entre ellas: las de *Bazo*, *Cuadrado*, *Guerrero*, *Sedano*, *Ibañez*, y las de muchos de los que tan dignamente les han sucedido en el abasto del teatro. Pero luego cayeron sobre los enemigos con mayor violencia las dos *Caróleas*, *Carlos famoso*, la *Hesperoïda*, las traducciones de *Ariosto*, el *Poema de S. Rafael*, la *Mejicana de Gabriel Laso*, la *Conquista de Sevilla* en cuartetos, el *Cesar Africano*, la *Nueva Mejico de Villagran*, la *Argentina de Centenera*, *Sagunto y Cartago*, el *Alfonso*, el *Nuevo Mundo*, la *Hernandia*, los *Amantes de Teruel* del insipidísimo *Juan de Yagüe*, y el mas que todos ellos fastidioso poema de los *Inventores de las cosas*; siguiendo á este turbion la espesa metralla de *Misceláneas*, *Novelas*, *Famas póstumas*, *Justas poéticas*, *Coronaciones*, *Entradas*, *Beatificaciones*, *Loas*, *Certámenes de escuela*, *Autos Sacramentales*, *Autos al Nacimiento*, *Funerales*, *Villancicos*, *Motetes*, *Follas*, y una pestilente multitud de *Tonadillas modernas*, bien frias, bien necias, bien escandalosas y despreciables.

No hubo resistencia: los eruditos huyeron al

patio no hallando salida por otra parte; y Mercurio alegre en extremo de ver ya logradas sus ideas, comenzó á revolver sobre ellos como un milano hambriento encima de la miserable turba de polluelos tímidos.

Parecióle ser ya tiempo oportuno de poner en práctica una picardía que tenia consultada con Apolo, y se habia aprobado de comun acuerdo; para lo cual, dirigiendo su discurso á los pedantes, que hallándose encerrados en el patio peleaban desesperados por salir de él, les dijo de esta manera:

Señores eruditos, ya me parece que es tontería tanto chillar, tanto berrear, tanto embestirse, retirarse, dar y recibir gznatazos y mogicones, que hace dos horas largas de talle que estamos con esta misma cancion, y hasta ahora nada bueno se ha conseguido. Yo no sé ciertamente, dónde se habrá visto estarse aporreando de esa manera, sin qué ni para qué. ¡Y entre literatos! ¡entre humanistas! ¡entre poetas, gente de suyo muelle y regalona, y dada á la quietud y al regodeo! ¡Y por qué? Si fuera decir habia motivos para ello, vaya en gracia; pero si todo el caso viene á reducirse á una friolera que no vale un pito; si el asunto no es mas, se-

gun he llegado á entender, que venir á presentar un memorial en que no se piden ningunos disparates, ¿quién se persuadirá que esto haya sido causa de tan furiosa tremolina? El daño estuvo, señores pretendientes, en que no habiendo querido vuesarcedes enviar un diputado á mi hermano para que en nombre de todos le dijese vuestra solicitud, me vi en la precision de llevar el primero que me vino á las uñas; pero este, por desgracia vuestra, nos salió tan ruin criatura, tan presumido y fastidioso, que habiendo enojado á mi hermano, os le hubimos de volver de la manera que ya visteis.

Yo, la verdad sea dicha, no gusto ni he gustado nunca de estas pélamelas, y mucho menos entre gentes de suposición y buena crianza: he hablado á Apolo; y convencido de mis razones á favor vuestro, dice que siempre que se le pidiera una cosa justa y con el buen modito que corresponde, no es ningun vinagre que se hubiera de negar á compláceros: así que, señores míos, lo que debéis hacer es esto, y sin tardanza, antes que mi hermano determine otra cosa. Escoged entre vosotros el mas ducho, el mas idóneo para el caso, un hombre bien nacido y de caracter, que no sea ningun chisgaravis, sino un erudito

de representacion, conocido ya de mi hermano por la excelencia de sus obras, que tenga en su favor el buen concepto de todos vosotros y la general estimacion del público. Este se encargará de vuestra pretension; y perderia yo una oreja y aun las dos que tengo, si escogiéndole y enviándole, y hablando él, y respondiéndole Apolo, no volviese muy presto con la noticia de haberos otorgado cuanto querais pedirle. Y esto se hace con paz y quietud como buenos hermanos, sin andarse en mas puerca es ella, ni quién es él, ni primero soy yo, ni otras niñerías que en vez de adelantar algo, pondrán de peor condicion el asunto: con que así no hay sino hacerlo que os digo, y manos á la eleccion, que se pasa el tiempo.

Esta zalagarda surtió todo el efecto deseado, porque empezando á disputar entre ellos quién debia ser el elegido, todos querian para sí aquel honor: repetian las palabras de Mercurio en que pedia un literato de representacion, idóneo, bien nacido, estimado de los inteligentes. ¿Y quién era entre ellos el que no se juzgaba mas idóneo, mas ilustre, mas benemérito que todos los otros juntos? De esta presuncion nació su ruina. Empeñasáronse unos con otros: cada cual se alaba-

ba á sí propio con admirable satisfaccion y engreimiento: oíanse pullas, y desvergüenzas, y dicterios sin número: salieron á plaza las faltas mas ocultas; y últimamente pasando la cólera de la lengua á los puños, comenzaron la mas desesperada refriega que jamas se ha visto.

Alli se manifestó cuán poco duran unidos aquellos que amontona el delito ó el error, y que solo entre los que siguen el recto camino, ya de la virtud, ya de la sabiduría, puede hallarse durable paz y amistad verdadera. Era de ver la obstinacion con que peleaban: ni pensaban en otra cosa que en destruirse enteramente, por conservar cada cual la opinion de docto y único en su línea, y esto lo probaban con golpes crueles, tirándose al degüello como gente desesperada que solo aspira á morir matando.

Mercurio se descalzaba de risa al ver lograda su maldita intencion; y advirtiéndole que Apolo con toda la gente de casa ocupaba ya las ventanas y galerías del patio, trató con él que se pusieran en uso las armas prevenidas, para dar gloriosa cima y remate á aquella aventura.

Asi se dispuso, y cuando todavía proseguian los literatos en hacerse añicos, comenzaron á bajar con ruido espantable infinitos muebles y uten-

silios que hicieron efectos de artillería, bombas y catapultas: tiraban los de arriba á los de abajo, para ponerlos en paz, mesas, fregaderos, cofres, tajos, sillas, barreños, armarios, platos, cantarillas y todo género de vasijas: las Musas, las señoras Musas, llenas de colerilla y deseos de venganza, eran las mas diligentes en procurar la destruccion de la infeliz gavilla de los autorcillos.

Ellos viendo encima de sí aquella tempestad, corrian desatinados de una á otra parte sin poder valerse; pero cayó segundo diluvio que los puso en mayor conflicto. Comenzaron á tirarles grandes ollas de agua hirviendo, espuertas de ceniza, basura, cantos, tronchos, arena de fregar, tejas, ladrillos, leños encendidos, agua fuerte, polvos de juanes, pajuelas ardiendo, aceite frito, trementina caliente, pez y rescoldo. No era facil resistir á tan horrible fuerza: dieron á huir hácia la puerta, pues la necesidad no permitia otra cosa: el ejército de Apolo se abrió en dos columnas para que dejándoles la salida libre, y asegurado el palacio, se les pudiese cargar despues en la retirada: y asi que los vieron fuera, salieron detras el Conde de Rebolledo y D. Diego de Mendoza con una partida ligera á seguir el alcance, y otros cuerpos pequeños se iban apostando por

todos los caminos y sendas del Parnaso, que absolutamente ignoraban los enemigos.

En estas y estotras ya era de noche: la obscuridad, el cansancio, los golpes recibidos, el miedo, la prisa que llevaban, y sobre todo, el no tener conocimiento alguno del terreno por donde iban, eran todas circunstancias fatales que aumentaban la desgracia de los fugitivos.

Mercurio y los suyos les decian que se rindiesen como algunos de ellos lo habian hecho (incluso el embajador tuerto que le acababan de sacar medio descaderado de una zanja), porque si adelante seguian, perecerian todos sin remedio. Pero sí, ya estaban ellos en estado de venirse á buenas: correr que te correrás como galgos, saltar peñascos, atravesar malezas, y no dar oídos á cuanto les decian: esto fue lo que hicieron; hasta que llegándose á encarrilar la mayor parte de ellos por unas breñas escarpadas y altísimas, á breve rato comenzaron á rodar por ellas agarrados unos á otros, y dando ahullidos se precipitaron en una gran laguna que está al pie de aquellos peñascos, y se forma de las vertientes de Castalia.

Los pocos que andaban descarriados por varios andurriales, libraron mejor, porque cayeron

en manos de los de Apolo: recibieron todo agasajo y buena asistencia: se les cataron las heridas, y fueron tratados con mas amor que su ignorancia y soberbia merecieron.

Apolo, Mercurio, las Musas, los poetas buenos, y todos los de casa, no se hartaban de dar gracias al cielo por tan feliz victoria: despacháronse extraordinarios á todas partes con aviso de lo ocurrido en aquel tremendo día; y en ocho que duraron las fiestas, quedó Timbreo casi pereciendo, porque el gasto de bollos, bizcochos, conservas, bebidas heladas y chocolate, ascendió á mas de lo que puede sufrir el bolsillo de un dios que protege la buena Poesía.

Despues de pasado el turbion de visitas y enhorabuenas, se trató de lo que convendria hacer con los vencidos. Cascales, Cervantes y Luzan se encargaron de examinarlos separadamente para ver á cuantas estaban de locura; y en vista del informe que presentaron estos jueces, se mandó que algunos de ellos, despues de habérseles dado una buena reprimenda, se restituyesen á sus casas, con pasaporte para todos los registros del Parnaso, y sendas cestillas en que se les puso su racion de pan, queso y pasas; y á los mas contritos por via de ayuda de costa repartieron las

78 DERROTA DE LOS PEDANTES.

caritativas Musas de propio caudal unos cuantos maravedises.

A los restantes (incluso el tuerto), que á juicio de los examinadores eran incurables, los encerraron en las jaulas de los locos, donde hoy se hallan tan en cueros como siempre, y tan sabios como su madre los parió.

POESIAS VARIAS.